

Gobernación del Mundo: Por qué y para qué

El caos preside hoy la mayor parte de los procesos mundiales y si queremos atenuar ese dramático desorden mundial hemos de gobernarlo. La solución sería establecer un gobierno mundial pero dado que por ahora eso no parece posible, hemos de intentar promover una serie de instancias y de dispositivos que sin tener el carácter de un verdadero gobierno nos ayuden a controlar sus principales efectos negativos. El propósito principal no es pues el de dominar y gobernar la globalización sino el mundo. Los procesos globalizadores y la mundialización que han generado se han convertido en un referente unánime y permanente en la casi totalidad de los análisis sociales, económicos y políticos. La globalización se ha convertido en el proceso generador y responsable de casi todo lo que acontece, en la categoría mayor, que bien comprendida y analizada nos debe permitir dar cuenta del presente y del futuro del mundo. Yo que estoy por terminar una tetralogía que pretende analizar la naturaleza, glorias y servidumbres de esa realidad que hemos llamado globalización, no comparto esta notificación reductora de las capacidades que para el bien y para el mal se atribuyen a la globalización. Para mí es sólo la designación de un estado de cosas, resultado de un conjunto de factores creados y dirigidos desde y por los poderes de la sociedad, sobre todo los económicos y los políticos. Disiento por tanto de la mayoría de las interpretaciones que se hacen de este fenómeno y que lo consideran como una variable independiente, como dicen los analistas sociales, como un actor social mayor que hay que encuadrar para reducir sus efectos negativos y potenciar sus capacidades positivas.

Martin Wolf (*Why Globalization Works*), Jadish Bhagwati (*In Defence of Globalization*) y Joseph Stiglitz Premio Nobel de Economía

en 2001, economista jefe y vicepresidente del Banco Mundial, antiguo asesor económico de Bill Clinton y profesor de las universidades de Yale, Oxford y Stanford, en sus dos principales obras sobre este tema *El malestar en la globalización* y *Cómo hacer para que funcione la globalización* participan todas con diferencias de grado de la misma lectura e interpretación que elevan un producto social, un resultado, a la condición de sujeto colectivo mayor. No, la globalización/mundialización no es un sujeto sino un objeto, no es un actor sino un producto.

¿En qué consiste ese producto que es, obviamente múltiple y diverso? En el conjunto de procesos de todo tipo a los que el desarrollo tecnológico de nuestras sociedades ha conferido una naturaleza mundial. Sin la tecnologización de la comunicación y la teletransmisión de datos y objetos la globalización no hubiera podido existir. Pero esa posibilidad ha convertido en realidad la voluntad política de los países y de los gobiernos al promover, sirviéndose de normas estatales y de medidas gubernativas, la circulación de todo tipo de mercancías es decir bienes, capitales y personas, en cuanto productores económicos, reivindicando al mismo tiempo la ideología del liberalismo económico tradicional y por tanto la eliminación de cualquier interferencia pública en las actividades y circuitos de la economía axial como la imperativa renuncia a ejercer cualquier tipo de control en el funcionamiento de la sociedad. La tecnología pues hace posible la globalización y la política (las políticas) la hacen efectiva. Máxime cuando esa inverosímil expansión de lo técnico-tecnológico no sólo multiplica y acelera todos los intercambios económicos sino que hace del dinero, y con carácter más general de todos los medios de pago, la mercancía por excelencia, porque puede comprarse y venderse simultáneamente en todos los países del mundo – ubicuidad espacial- de manera instantánea y durante todo el tiempo -sin ruptura temporal alguna-. Esa conversión del dinero en mercancía es una

de las causas principales de la financiarización de la actividad económica. Eso es lo que no tiene que hacer distinguir también entre la mundialización que afecta en mayor o menor medida, como hemos dicho antes, a todos los procesos societarios –económicos, políticos, sociales, culturales etc.- y la globalización término que deberíamos reservar tan sólo a lo financiero, único ámbito económico y social en el que la circulación y el intercambio son verdaderamente planetarios y en el que su cumplimiento y su realización son plenamente independientes y totales es decir sin intervención de otros factores o consideraciones que puedan restringirlos.

Pero si la mundialización/globalización son la denominación de un producto y de una situación, no podemos hacerlas responsables del caos mundial actual que es también consecuencia de una situación, su resultado. Y por tanto nuestro objetivo no debe ser gobernar la mundialización, sino, como se decía al empezar, establecer una gobernación política del mundo que encare y elimine, cuanto menos reduzca, los efectos más catastróficos de los efectos más nefastos que sufren nuestras sociedades: guerras, criminalidad organizada, hambre y miseria, pérdida de valores y corrupción generalizada, violencia, sida y enfermedades contagiosas, destrucción del planeta. Desde la última guerra mundial, el mundo se ha visto envuelto en 63 guerras que han producido más de 10 millones de víctimas. En su inmensa mayoría víctimas civiles. Las guerras se hacen con armas y los grandes Estados democráticos y las empresas ligadas con ellos son los mayores fabricantes de material bélico del mundo. Cuando Alemania y Francia quisieron poner fin a sus enfrentamientos armados decidieron administrar conjuntamente la producción de carbón y de acero base esencial de la industria del armamento. Y crearon la CECA. Es decir que una decisión política ha hecho imposible otra guerra al menos convencional, entre ellos. ¿Por qué los Estados no deciden renunciar a

producir y en todo caso a vender armas y la pérdida de beneficios que ello pueda representar la compensan con otras fuentes de financiación pública menos asesina? Todos sabemos que la criminalidad organizada no podía existir si no existieran esas vías de ocultación y almacenamiento del dinero que son los paraísos fiscales. ¿Por qué los Estados no deciden acabar con ellos? ¿Por qué la Unión Europea no exige de sus Estados-miembros que clausuren todas las actividades de los paraísos fiscales que operan desde su territorio o en áreas dominadas por ella? Hablo obviamente de Andorra, Gibraltar, Monaco, las Islas anglonormandas y en particular Liechtenstein, Luxemburgo y Suiza. Esta impotencia de los Estados por falta de medios o de voluntad política remite la solución a una gobernación metaestatal, y dada la condición global de todos estos fenómenos a una gobernación mundial. Pero desgraciadamente los Organismos de que disponemos hoy son incapaces de asumir esa función. Las Naciones Unidas que deberían ser el instrumento más idóneo para cumplirla no pasan de ser un ámbito, ciertamente lleno de buenas intenciones pero absolutamente ineficaz. Y todas las declaraciones que cotidianamente oímos y leemos sobre su necesaria e inmediata reforma no pasan de ser deseos piadosos y meras declaraciones retóricas. La vía que parece que puede ser la más fecunda es la de crear una plataforma de concertación de las áreas macroregionales que, en estrecha colaboración con los organismos geopolíticos que existen ya en cada una de ellas, se responsabilice de la formulación y ejecución de las propuestas susceptibles de mejorar el estado actual del mundo y de mantener un mínimo de armonía planetaria. Para contribuir a ese proyecto se acaba de crear en Valencia la Fundación del Área Mediterráneo-latinoamericana (Fundación AMELA) que en asociación con la Fundación Cañada Blanch se han propuesto promover esa colaboración macroregional, partiendo de esos dos grandes espacios eco-político-culturales que son el Mediterráneo y el continente latinoamericano. El Programa para el *Progreso Sostenible*

y la Integración Regional en América Latina (Programa PAL) que se está poniendo en marcha es la primera fase de la realización del Proyecto.

Todas las consideraciones que se han anotado se ven notablemente afectadas por la radicalización de las afirmaciones nacionales y con carácter más amplio de todas las formaciones identitarias. El fenómeno mundializador y la homogeneización de conductas, valores y pautas que genera se viven como una grave amenaza para las identidades grupales tanto políticas, como sociales y culturales. Esa amenaza produce una exacerbación de las pulsiones defensivas y un enmurallamiento en lo propio y diferencial.